
DOI: 10.15581/008.40.2.866

Lorente Medina, Antonio, ed.

Fernán González de Eslava. *Coloquios espirituales y sacramentales*. Clásicos Hispanoamericanos. Madrid: UNED, 2023. 853 pp. (ISBN: 978-84-362-7867-5)

A sus notables investigaciones sobre Fernán González de Eslava («El teatro contrarreformista de Hernán González de Eslava», 2018, «Algunas precisiones sobre la vida y obra de Fernán González de Eslava», 2019; «A vueltas con los coloquios espirituales y sacramentales de Fernán González de Eslava», 2020), añade ahora el profesor Lorente Medina esta espléndida edición de los *Coloquios espirituales y sacramentales*, edición que a mi juicio puede considerarse definitiva, a reservas de que el propio Lorente u otros estudiosos completen algunos detalles o precisen algunas matizaciones, como apunta en el prólogo. Con el cimiento de los textos firmemente establecidos y sabiamente anotados cualquier estudio

posterior dispondrá de un punto de partida privilegiado y necesario.

El extenso volumen se compone, como corresponde a la estructura canónica del género, de un estudio introductorio, los textos dramáticos y el aparato de notas que los acompaña, a pie de página. Como señala Lorente «el desconocimiento de datos biográficos del autor, clamoroso a estas alturas, ha provocado que la crítica se haya deslizado hacia derroteros conjeturales, [...] en vez de indagar los archivos [...] Urge, por tanto, una aproximación crítica que reoriente los estudios eslavianos» (19-20). Tarea fundamental que se cumple con solvente precisión en las páginas introductorias, inauguradas con una especie de amplio pórtico (20-84) que fija la perspectiva crítica y rehace la biografía del escritor apelando a los documentos y datos fehacientes y desechando especulaciones arbitrarias que habían venido marcando en buena parte las reconstrucciones críticas anteriores.

Este capítulo esencial ofrece una meticulosa revisión de los datos conocidos, apoyándose en los documentos disponibles y rehuendo las invenciones gratuitas. Manifiesta que no hay testimonios sobre los posibles estudios de Eslava en colegios jesuítcos (ni no jesuítcos), y niega, con acierto, que las menciones a la «Iglesia militante» sean una huella de la

Compañía de Jesús. En efecto, el concepto de Iglesia militante es generalizado, y no tiene relevancia para suponer una especial conexión con los jesuitas. Subraya igualmente que todo el bagaje cultural del poeta es español y ortodoxo, y que su esquema dramático «es una mezcla del ideado por Lope de Rueda y del teatro de Sánchez de Badajoz» (31), frente a ciertas posturas empeñadas en valorar los temas veterotestamentarios como rasgo de un criptojudío supuestamente embarcado a la vez en un «proceso protonacional» (como defiende Post en una deriva fantasiosa lastrada por un sesgo cognitivo que se reitera con cierta frecuencia posmoderna) sin ningún fundamento textual, según demuestra Lorente, que fija impecablemente las verdaderas coordenadas del personaje y de su obra. El exhaustivo conocimiento que el editor posee de la obra de Eslava y de su contexto histórico y cultural le permite vincular sistemáticamente la obra dramática concernida con sucesos de la sociedad en la que se mueven el autor y su público, e iluminar las circunstancias de las piezas, como el famoso conflicto en torno a la imposición de la alcabala en un entremés representado con el coloquio III, o los detalles de las tomas de posesión de algunos virreyes y los relativos a la epidemia de cocoliste de 1576, tema del coloquio XIV. El repaso biográfico y temático asu-

me en conclusión la perspectiva contrarreformista de Eslava, que hace de su teatro doctrinal un instrumento de defensa de la ortodoxia, un ataque a la herejía y al criptojudaísmo que preocupó en Nueva España en ciertos momentos, una defensa de la Inmaculada Concepción y de la práctica sacramental, etc.

El capítulo 2, «El título de su obra teatral, su transmisión y cronología posible» (84-166), es un meticuloso comentario de las circunstancias de cada pieza y un escrupuloso análisis de todas las pistas con valor para la datación de los coloquios, editados por el amigo de Eslava, Fernando Vello de Bustamante, a quien Lorente atribuye la responsabilidad de la denominación genérica y las aclaraciones circunstanciales de algunos coloquios (88, 96). El cuidado en la lectura de las piezas permite también denunciar algunos problemas de transmisión, lagunas o errores, no siempre salvables, pero que conviene siempre tener en cuenta. Destaca en esta sección la propuesta de ordenación cronológica, apoyada siempre en datos valorados con inteligencia y sindéresis, según las circunstancias de unas piezas escritas en todos los casos para celebrar una ocasión concreta o por encargo de autoridades e instituciones (109). La lista cronológica de las páginas 109-110 hace pensar, dicho sea de paso, si no hubiera sido aconsejable a la hora de

la edición ordenar los textos según sus fechas en vez de mantener la de la príncipe. No es lugar de reproducir o glosar el proceso complejo y ejemplar que conduce a la datación que se propone, pero su lectura es vivamente recomendable si se quieren comprender las circunstancias y propósitos de estas composiciones.

«Un teatro contrarreformista» (cap. 3, 166-96) resume los temas característicos que reflejan un momento de especial preocupación por la ortodoxia, con vigilancia de los libros que se permite imprimir y distribuir, reivindicación del papel de la Iglesia, importancia de los sacramentos, funciones de la Gracia..., asuntos muy relacionados casi siempre con preocupaciones concretas, lo que hace del teatro de Eslava un corpus de alta vocación pragmática. Completa la introducción un repaso más breve sobre aspectos de la lengua, relacionados también con los criterios del tratamiento del texto, en los que no hay nada relevante que reparar.

Una observación sobre la multiplicidad de argots lingüísticos –mejor quizá llamarlos lenguajes sectoriales–, que en la obra de Eslava recorren en sus aplicaciones alegóricas los ámbitos de lo industrial, jurídico, agrícola o ganadero, marino, cetrero, de la esgrima... (177-78) anuncia la dificultad de la anotación, que exige del editor un conocimiento amplio de esos lengua-

jes, y además el dominio de los motivos y expresiones procedentes de la Biblia y doctrina religiosa, de los materiales folklóricos de la cultura oral (canciones tradicionales, a menudo glosadas en los coloquios, refranero, romancero), del mundo de la cultura clásica, del universo de los emblemas y finalmente de las circunstancias históricas de la Nueva España de la época. Solo la extrema competencia de Lorente hace posible que su aparato de notas resuelva en su práctica totalidad las cuestiones que pueden plantear los coloquios a un lector moderno.

Respecto a dicha anotación cumple elogiar no solo su perfección, sino su concisión. El editor no se demora en divagaciones eruditas que no hacen al caso, sino que de manera breve y eficaz proporciona las claves y las explicaciones oportunas. Muchos ejemplos que suman la sabiduría a la sobriedad –que estriba sin duda en la autoridad del especialista que domina su campo– se podrían aducir en todos los terrenos enumerados (291, lenguaje de esgrima; 349-52, serie de citas latinas de procedencia litúrgica y bíblica; 395, sobre la uña de la gran bestia; 424, 526, 527, intertextualidad bíblica; 426, detalles locales, médicos de la Universidad de México, que explican las menciones del texto; 494, prácticas impositivas; 518, doctrina religiosa; 584, datos locales sobre la fetidez de la laguna de México, y medidas munici-

pales; 787, creencias de zoología fantástica y emblemática; todo el lenguaje de la esgrima del coloquio décimo de la esgrima espiritual, excelentemente anotado) y cientos de notas más que se hallan solo al alcance de un profundo conocedor de la materia.

En estos cientos de sapientes aclaraciones que hacen la lectura de Eslava más útil y deleitosa, y desde luego más competente de lo que hubiera sido posible a la generalidad de los lectores, no sabríamos apenas ofrecer alguna mínima aportación. Como agradecimiento a la labor de Lorente, se podrían proponer un par de sugerencias.

Para el cuentecillo, en el prólogo al lector (237), del sustituto del condenado a muerte, que se presenta como ejemplo de amistad, anota Lorente con buen tino que tiene aspecto de cuento popular, aunque no halla la fuente en que se basó Vello Bustamante. Yo tampoco he hallado la fuente de la versión de este prólogo, que a la habitual añade una coda según la cual al regresar el amigo más tarde del plazo ajustado, el fiador aduce que él debe ser ejecutado, pues el amigo ausente que prometió regresar, aunque lo ha hecho, ha llegado un día tarde. La versión «canónica» cuenta que el amigo regresa a tiempo de liberar a su fiador, y que el tirano que había condenado a muerte a aquel, admirado de la lealtad y amistad de ambos perdona al condenado.

Es anécdota atribuida a Dionisio de Siracusa y a los amigos Damón y Finτίας, que narra Valerio Máximo en el libro IV de *Hechos y dichos memorables*, entre los ejemplos de amistad entre extranjeros, y que pasa a repertorios populares de cuentecillos, como el *Deleite de la discreción*, de Bernardino Fernández de Velasco, ya en el XVIII.

En el pasaje «¿Quién podrá ser atentado / si la soberbia le toca?» (389) creo que *atentado* más que «tentado» como se propone en la nota sea «cuerdo, maduro, prudente», como define el *Diccionario de autoridades*, cosa difícil, en efecto, para el tocado de soberbia. El *tostón* que lleva en su flecha al Mundo (395) no sé muy bien lo que pueda ser. Lorente anota «arma arrojadiza», vara tostada en la punta, pero el contexto («Puse en la flecha un tostón / porque es la preciada uña / para el mal de corazón») me hace sospechar si ese tostón no será la moneda así llamada, que desde el punto de vista del Mundo es atractiva para el mal de corazón de los codiciosos, y que Mundo colocaría en la punta de su flecha como arma irresistible.

El ángel patudo (476) es, ciertamente, la persona que está lejos de tener las buenas cualidades que algunos le atribuyen, pero *Autoridades* añade un dato que me parece relevante: «Dícese con alusión al diablo, a quien suelen llamar así» (como hace Cosme en *La dama duende* de Calderón), y en

el contexto del coloquio este sentido más preciso de ‘diablo’ parece mejor.

En la página 723 sería interesante anotar la creencia de que los reyes tienen «dos ángeles de guarda» (v. 480). Mendo, en *Príncipe perfecto y ministros ajustados* (León de Francia, 1662; ed. facsímil en Grandas de Salime, José Luis Carnota editor, 2004, 86) dice: «Tan a cargo de Dios están los reyes que aun de su vida es protector con especial cuidado [...] Asisten a cada uno dos ángeles de la guarda». Por el contexto, el arcabuz de vidrio que se precia de saber manejar la Murmuración (770), más que a una referencia a ciertos arcabuces contruidos con algún componente de vidrio, me inclinaría a considerarlo metáfora burlesca del frasco, vaso o jarro vidriado para beber vino («para tirar media docena de tiros, aunque sea con arcabuz de vidrio, sé poner la puntería»), porque acto seguido dice Remoquete: «En esto de alzar el codo con la traza [¿sería mejor *taza*?] pocas le harán ventaja».

Cuando escribí mis artículos sobre el animal carhunco de la *Soledad* primera de Góngora (*Criticón* 120-21 [2014]: 201-33; *Criticón* 130 [2017]: 5-13) se me escapó el notable texto del coloquio XVI de Eslava, relativo al jergológico de la Templanza con «el animal que llaman carhunco, que tiene la piedra preciosa en la frente y cúbrelo con una cortina natural que tiene» (801), que recupero ahora en la edi-

ción de Lorente. Solo quedaría precisar que esta mención es temprana, en efecto, pero no temprana «a lo divino», sino temprana en términos absolutos, pues este animal no pertenece a «una larga tradición clásica y medieval» (nota 358) sino que parece claro que nace en Indias y en Indias se desarrolla fundamentalmente, aunque pronto se extiende por otros textos de los que me ocupó en los citados trabajos. Señalaba en el primero de ellos: «El primer testimonio que hallo del animal, con su nombre correspondiente, está en Fernández de Oviedo (1478-1557), *Historia general y natural de las Indias*, lib. 20, cap. 9», publicado en 1547; el segundo sería este de Eslava, que Lorente fecha en 1578. El fabuloso animal prolifera en una «tradición apócrifa» –desconocida para el mundo antiguo y medieval–, situada en el marco de las «maravillas de las Indias», como confirma de manera indirecta la posterior expansión del motivo, «predominantemente –aunque no de modo exclusivo– en zonas americanas. Si estoy en lo cierto, la relativa novedad del motivo explica que los eruditos comentaristas de Góngora todavía no tuvieran noticia de él, ya que se habría difundido de manera algo aleatoria, y en esa difusión no habría llegado todavía a conocimiento de los Díaz de Rivas, Pellicer, Salcedo Coronel, etc.». Esto escribía en 2014 (213) y el texto de Eslava confirma lo

que apuntaba en mis comentarios del animal tenebroso de Góngora.

El conjunto de la edición, como creo haber puesto de relieve, constituye, en suma, un admirable trabajo que pocos estudiosos habrían sido capaces de llevar a cabo con la solvencia de Lorente, a quien González de Eslava, la literatura virreinal y los lectores interesados deben agradecer una nueva aportación, seguramente la más importante hasta la fecha de su extenso historial investigador. Con no menor beneficio se lucra la colección en que se integra, que coloca así su nivel en una altura máxima. La obra de González de Eslava y el panorama de la literatura virreinal están de enhorabuena.

Ignacio Arellano
Grupo de Investigación Siglo de Oro
(GRISO)
Universidad de Navarra
iarellano@unav.es